

Hermano Oso

Los Clásicos

Disney

EDICIONES
Gaviota

Disney

Hermano Oso



EDICIONES
Gaviota

Hace mucho tiempo, cuando los hielos cubrían gran parte de la Tierra, vivieron tres hermanos. Igual que los habitantes de su pueblo, creían que el mundo estaba lleno de magia y que provenía de las luces cambiantes que danzaban en el cielo. Creían que las luces del cielo eran los espíritus de sus antepasados. Y que podían transformarlo todo: lo pequeño en grande, el invierno en primavera, los niños en hombres...

Sitka, Denahi y Kenai habían ido a pescar para organizar una fiesta. En ella, Kenai recibiría su tótem, que representaba el camino que debía seguir si quería ser considerado como un adulto. Sitka era el mayor, Kenai el más joven y Denahi el mediano.





Tanana, la más anciana del pueblo, era quien presidía la ceremonia con la que Kenai empezaba su vida de adulto. Ella le entregó su tótem, era un oso tallado.

—¡Tu tótem es amor! —dijo a Kenai—. Se manifiesta de muchas formas: el perdón, el respeto por la vida, la responsabilidad. Deja que el amor guíe tus actos, y un día pondrás tu marca junto a la de nuestros antepasados.

Kenai no comprendía que un oso pudiera ser el símbolo del amor. A él no le gustaban los osos. Denahi se rió al oír el significado del tótem. A él y a Sitka les habían entregado sus tótems hacía años. El de Sitka era la orientación y el de Denahi la sabiduría. ¿Por qué el suyo no era también algo importante?



Después de la ceremonia, Denahi entregó a Kenai un ramo de flores. —¡Ahora, cuando vayas por ahí queriendo a todo el mundo, olerás muy bien! —dijo en tono burlón.

—Recuerda —le dijo su hermano mayor— que se trata de que *descubras* tu don. Y el hecho de que su tótem sea la sabiduría —añadió señalando a Denahi—, no significa que sea sabio. ¡Míralo! Denahi estaba dando brincos y lanzando pétalos de flores al aire. De repente tropezó sin querer con un perro y el perro le mordió en el trasero, ¡delante de todas las chicas del pueblo! Denahi se puso rojo de vergüenza. Sin embargo, estaba a punto de descubrir algo que transformaría la vergüenza en rabia.





¡Cuando los hermanos fueron a ver cuántos peces habían cogido esa mañana, descubrieron que no había ninguno! Lo único que quedaba era un trozo del cesto y unas huellas de oso que se dirigían al bosque. —No lo ataste, ¿verdad? —dijo Denahi a su hermano pequeño. —¡Claro que lo até! —protestó Kenai—. ¿Por qué me echas la culpa a mí? ¡Ha sido el estúpido oso!

Kenai cogió una lanza y se fue. Aunque los peces se hubieran escapado, podría recuperar la cesta que había hecho Denahi. Lo que no podía imaginar es que iba a encontrar algo más que la cesta.





Preocupado por lo que pudiera pasarle a su hermano pequeño, Sitka fue tras él acompañado por Denahi. Al cabo de unos minutos, oyeron un grito. Corrieron hacia donde habían oído la voz de Kenai y descubrieron que había caído en una cornisa helada en lo alto de un inmenso glaciar.

Sitka se asomó a la cornisa y trató de agarrar la mano que Kenai le tendía.

—¡Tienes que alejarte de ahí! —gritó Kenai mirando por encima del hombro de su hermano—. ¡Hay un oso!

¡Efectivamente, un enorme oso *grizzly* se puso de pie detrás de Sitka, golpeando el aire con sus garras afiladas como cuchillas!





Denahi empezó a tirar piedras al oso desde atrás tratando de distraerlo, pero el oso se volvió hacia él y le hizo retroceder hacia una grieta del glaciar, profunda y peligrosa. El animal le dio un zarpazo. ¡Denahi cayó en una grieta que había en el hielo! Kenai trató de ayudarlo a salir mientras Sitka luchaba contra el oso. La enorme criatura golpeó a Sitka y le tiró al suelo, y luego se volvió hacia sus indefensos hermanos. Sitka, con un tremendo esfuerzo, consiguió meter su lanza en una de las grietas del hielo. La grieta provocó que un trozo enorme del glaciar se desprendiera del borde de la cornisa..., exactamente como Sitka había planeado. El oso, y él, cayeron a las heladas aguas del río muchos metros más abajo.

Aquella noche hubo una ceremonia de despedida en honor de Sitka. Tanana colocó su lanza, sus plumas y el tótem del águila en la pira funeraria. Sitka se reuniría con los Grandes Espíritus como un águila. Mientras veía el humo alzarse hacia el cielo, Denahi se sentía muy triste por la pérdida de su hermano. Pero Kenai lo único que sentía era rabia.





—Vamos a buscar al oso —dijo Kenai después de la ceremonia—. Nuestro hermano ha muerto y ¡la culpa es de ese monstruo!
—Yo no culpo al oso —dijo Denahi en tono acusador. Kenai comprendió. Denahi le culpaba a él de la muerte de su hermano.

—¿Por qué no haces lo que dice tu tótem? —añadió Denahi.
—¿De verdad crees que el amor tiene algo que ver con ser un hombre? —gritó Kenai—. ¡Un hombre no se queda sentado sin hacer nada!

Kenai tiró su tótem al fuego y echó a correr. Tanana lo sacó de las llamas y se lo dio a Denahi para que lo guardara. Sin embargo, se lo llevó cuando fue tras su hermano para detener su deseo de venganza.





Kenai siguió el rastro del oso, encontró huellas de garras en el suelo y pelo de oso enganchado en los árboles. Cuando se detuvo a descansar y comer unas bayas, oyó un ruido. ¡Era el oso! El animal se alzó sobre sus patas traseras y rugió. Kenai retrocedió aterrorizado y el oso hizo lo mismo... El joven cogió su lanza y fue tras el *grizzly* atravesando el bosque hasta llegar a un cañón rocoso.

La persecución terminó en lo alto de un precipicio. El chico y el animal se encontraron frente a frente y empezaron a luchar. Tras una feroz pelea, Kenai cayó al suelo y agarró su lanza para defenderse. El oso se lanzó contra Kenai y se desplomó. Kenai se levantó y miró la enorme criatura tendida a sus pies. Lleno de odio hacia el oso y de dolor por la muerte de Sitka, lanzó un grito angustiado. El grito retumbó en el cañón hasta llegar a Denahi, que estaba buscándole desesperado.



De repente, atravesando las nubes, unos rayos de luz iluminaron a Kenai y el oso. Kenai quiso huir, pero, fuera donde fuese, la luz le seguía. Atravesó con su lanza uno de los rayos y se quedó paralizado al ver salir del torrente de luz espíritus de animales muertos.

Uno de los espíritus se separó de los demás...





—¡Sitka! —exclamó Kenai con un grito ahogado. El chico se quedó mirando cómo el espíritu de águila de su hermano mayor descendía en picado hasta él y se transformaba en la forma humana de Sitka. Su mirada se posó en el oso muerto. En ese momento, el cuerpo del oso desapareció. Después, Kenai sintió que su cuerpo se elevaba en el aire. Sitka volvía a ser el espíritu del águila y lo llevaba en sus garras. Cuando volvió al suelo, Kenai se había convertido en lo que más odiaba. ¡En un oso!



Denahi escalaba una pared de roca hacia la cima de la montaña. Trepó hacia la meseta mientras caía una cortina de agua fría. Creía que iba a encontrar a Kenai allí, pero lo que había era un oso sobre la ropa hecha jirones de su hermano. Pensó que el oso había matado a su hermano pequeño. Antes de que Denahi pudiera reaccionar, cayó un relámpago entre los dos. Kenai, el oso, salió despedido hacia atrás y cayó por el precipicio al río que rugía más abajo.



Mientras trataba de mantenerse a flote, Kenai miró incrédulo hacia lo alto del precipicio donde estaba su hermano. Denahi recordó las palabras de Kenai cuando el oso mató a Sitka: *Un hombre no se queda sentado sin hacer nada*. Denahi haría lo que su hermano deseaba. Ató el tótem de Kenai a su lanza y decidió que ahora era él quien tenía que seguir el rastro del oso.





Kenai perdió el conocimiento en el río. Cuando despertó en la orilla, Tanana le estaba esperando. Trató de hablar, pero ella parecía no comprenderle.

—No sé hablar el idioma de los osos —le explicó.

¿Osos? Kenai observó su reflejo en el río. Se dio la vuelta y miró su cola. ¡Era un oso! Horrorizado, trató de hablar con Tanana.

—Kenai —dijo ella tranquilamente—. Ha sido Sitka quien lo ha hecho. Si quieres cambiar, ve a la montaña donde las luces tocan la tierra. Allí podrás hablar con él.





Tanana desapareció antes de que Kenai pudiera preguntarle dónde estaba ese lugar.

El oso creyó que estaba solo hasta que oyó voces que venían de detrás de una roca. Dos ardillas le miraban con miedo. ¡Kenai se dio cuenta de que comprendía lo que estaban diciendo!

Trató de hablar con ellas, pero las ardillas huyeron asustadas.

Unos gansos pasaron volando por encima de él.

—¡Eh! ¡Esperad! —gritó Kenai—. Estoy buscando el lugar donde las luces...

Pero los gansos no le oyeron y siguieron volando.



Dos alces hermanos llamados Rutt y Tuke observaban a Kenai fascinados.

—¿Por qué se pone así, eh? —se preguntó Tuke.

—Los gansos le habrán hecho caca encima, ¿eh? —contestó Rutt. Kenai los vio y se acercó a ellos.

—Hum, perdonad —empezó.

Los alces estaban horrorizados pensando que el oso iba a comérselos, pero se les enredaron los cuernos cuando trataban de huir.



Kenai intentó tranquilizarlos diciéndoles que *en realidad* no era un oso.

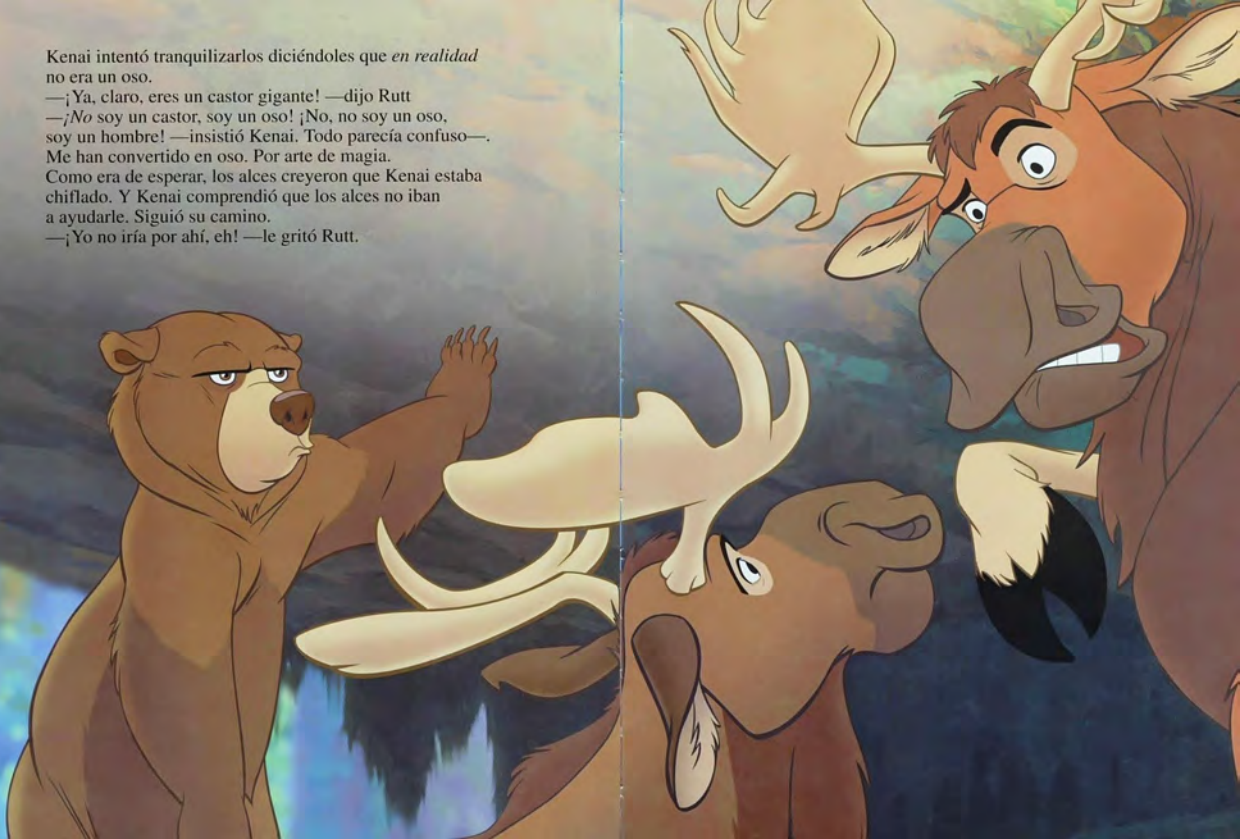
—¡Ya, claro, eres un castor gigante! —dijo Rutt

—¡No soy un castor, soy un oso! ¡No, no soy un oso, soy un hombre! —insistió Kenai. Todo parecía confuso—.

Me han convertido en oso. Por arte de magia.

Como era de esperar, los alces creyeron que Kenai estaba chiflado. Y Kenai comprendió que los alces no iban a ayudarlo. Siguió su camino.

—¡Yo no iría por ahí, eh! —le gritó Rutt.





Kenai no le hizo caso, e inmediatamente ¡se encontró colgando de un árbol cabeza abajo! Mientras forcejeaba para liberarse de la trampa, se le acercó un oso pequeño. El cachorro se llamaba Koda.

—Esa trampa se ve a un kilómetro —le dijo Koda—. Debes de estar pasándolo mal —añadió el osito cogiendo un palo.

—Deja que te ayude a bajar —insistió acercando el palo a Kenai.

—¡Estate quieto! —gritó Kenai—. ¡Eh, estate quieto!





Kenai insistió en bajar sin ayuda. Así que Koda dejó el palo y se sentó bajo el árbol. Hablaba y hablaba... y hablaba. En lo alto, Kenai seguía forcejeando sin lograr salir de la trampa.

—¿Qué te parece? —propuso Koda—. Yo te bajé de ahí y luego nos vamos juntos a la Carrera del Salmón. Kenai no tenía elección. Enlazaron los muñiques para sellar el trato y el cachorro arrancó una estaca de madera del suelo. Kenai salió catapultado por el aire y aterrizó con un ruido sordo.



Poco después, Koda olfateó el aire, inquieto.
—¡Corre! —gritó el cachorro echando a correr hacia el bosque.

Denahi salió de detrás de un árbol y Kenai gritó aliviado.

—¡Me has encontrado! —dijo—. No te imaginas qué pesadilla ha sido todo esto.

Pero Denahi no oía más que gruñidos. Levantó la lanza y, en ese momento, Kenai comprendió la terrible verdad: ¡estaba a punto de cazarle su propio hermano! Kenai se dio la vuelta y echó a correr.





Kenai corrió por el bosque hasta llegar a un enorme glaciar en el que había una entrada a una cueva. Cuando entró, vio que Koda también se había escondido allí. Los osos se quedaron quietos mientras Denahi andaba por el techo helado encima de sus cabezas buscando a Kenai.

—¿Por qué me persigue? —preguntó Kenai cuando Denahi se fue.
—Eso es lo que suelen hacer —le explicó Koda—. Y afortunadamente para él, no nos ha encontrado, porque cuando peleo me convierto en una bola de pelo furiosa.

Luego enseñó a Kenai sus movimientos de defensa personal.



La exhibición de valor de Koda terminó cuando Kenai le dijo que, al final, no iría con él a la Carrera del Salmón.

Koda no podía creerlo.

—¿Qué? —exclamó—. ¡Lo juraste con el meñique! Luego le contó que había perdido a su madre y esperaba encontrarla en la Carrera del Salmón. Necesitaba que Kenai le ayudara.

—¡Por favor! —insistió—. ¡Van muchos osos, hay toneladas de peces, y todas las noches vemos las luces tocando la montaña! Kenai se puso de pie de repente. ¡Koda sabía dónde estaba el lugar en que las luces tocaban la tierra! ¡Allí era donde Tanana le había dicho que podía volver a ser humano!

Kenai tropezó con el trozo de cuerda de la trampa para osos que seguía llevando atado al tobillo.

—Saldremos mañana a primera hora —dijo mientras Koda le desataba la cuerda.

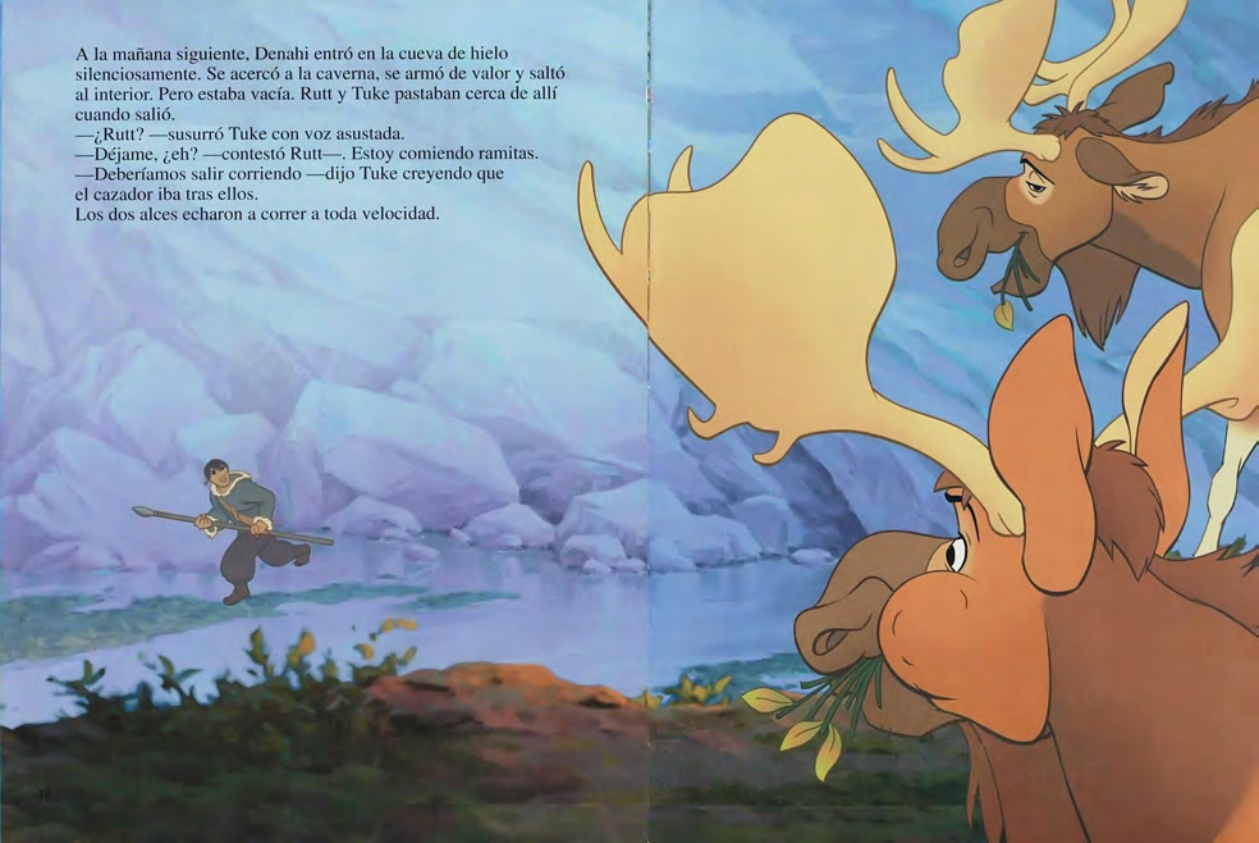
A la mañana siguiente, Denahi entró en la cueva de hielo silenciosamente. Se acercó a la caverna, se armó de valor y saltó al interior. Pero estaba vacía. Rutt y Tuke pastaban cerca de allí cuando salió.

—¿Rutt? —susurró Tuke con voz asustada.

—Déjame, ¿eh? —contestó Rutt—. Estoy comiendo ramitas.

—Deberíamos salir corriendo —dijo Tuke creyendo que el cazador iba tras ellos.

Los dos alces echaron a correr a toda velocidad.





No muy lejos de allí, Kenai y Koda emprendían el camino hacia la Carrera del Salmón. Koda hablaba sin parar.
—Oye —sugirió Kenai—. ¿Qué te parece si no hablamos?
A Koda no le importó y ¡se puso a cantar!



Koda disfrutaba de cada minuto del viaje. Se sentía seguro yendo con Kenai, y miraba al oso grande como si fuera su hermano mayor.

Kenai no estaba demasiado contento de tener un compañero pequeño, pero tenía que reconocer que Koda podía ser muy divertido de vez en cuando. Una vez, Koda le enseñó cómo hacer que el viento le sostuviera en el aire. Sin embargo, olvidó decirle lo que ocurría cuando el viento dejaba de soplar, y los dos acabaron riéndose tontamente en un charco lleno de barro al pie de la colina.



Rutt y Tuke se encontraron con los osos por el camino.

—Bueno, el caso es que ese, eh, cazador nos persigue —dijo Rutt—. Y yo, nosotros pensábamos que..., a lo mejor, podríamos ir con vosotros, chicos.

A Kenai no le preocupaba.

—Le despistamos bajo el glaciar —respondió.

—¿Entonces crees que no seguirá estas huellas? —dijo Rutt señalando las profundas marcas de garras que iban dejando los osos. Al cazador no le costaría mucho seguirlas.





—Tengo una idea —dijo Kenai.
Saltó sobre el lomo de un mamut y cabalgó sobre
él como hacía cuando era humano. Poco después,
criaturas grandes y pequeñas pidieron que les
llevaran sobre los enormes animales. Ahora,
el cazador no podría seguir ninguna huella de oso.

Aquella noche, mientras cabalgaban, Koda señaló el horizonte.

—El arco iris de la noche. Desde aquí se pueden ver los espíritus.

A Kenai le sorprendió que Koda supiera algo de los Grandes Espíritus. Creía que sólo los humanos los conocían.

—Mi hermano Sitka es un espíritu y, si no fuera por él, yo no estaría aquí.

—¿Tienes un hermano allí arriba? —preguntó Koda—.

¿Qué le pasó?

—Le mató un... un monstruo —respondió Kenai con tristeza. Koda miró las luces que danzaban en el cielo.

—Gracias, Sitka —dijo—. Si no fuera por ti, yo nunca habría conocido a Kenai.



Al amanecer del día siguiente, Rutt y Tuke se divertían jugando al «Veo-veo».

—Veo una cosa verde —dijo Tuke.

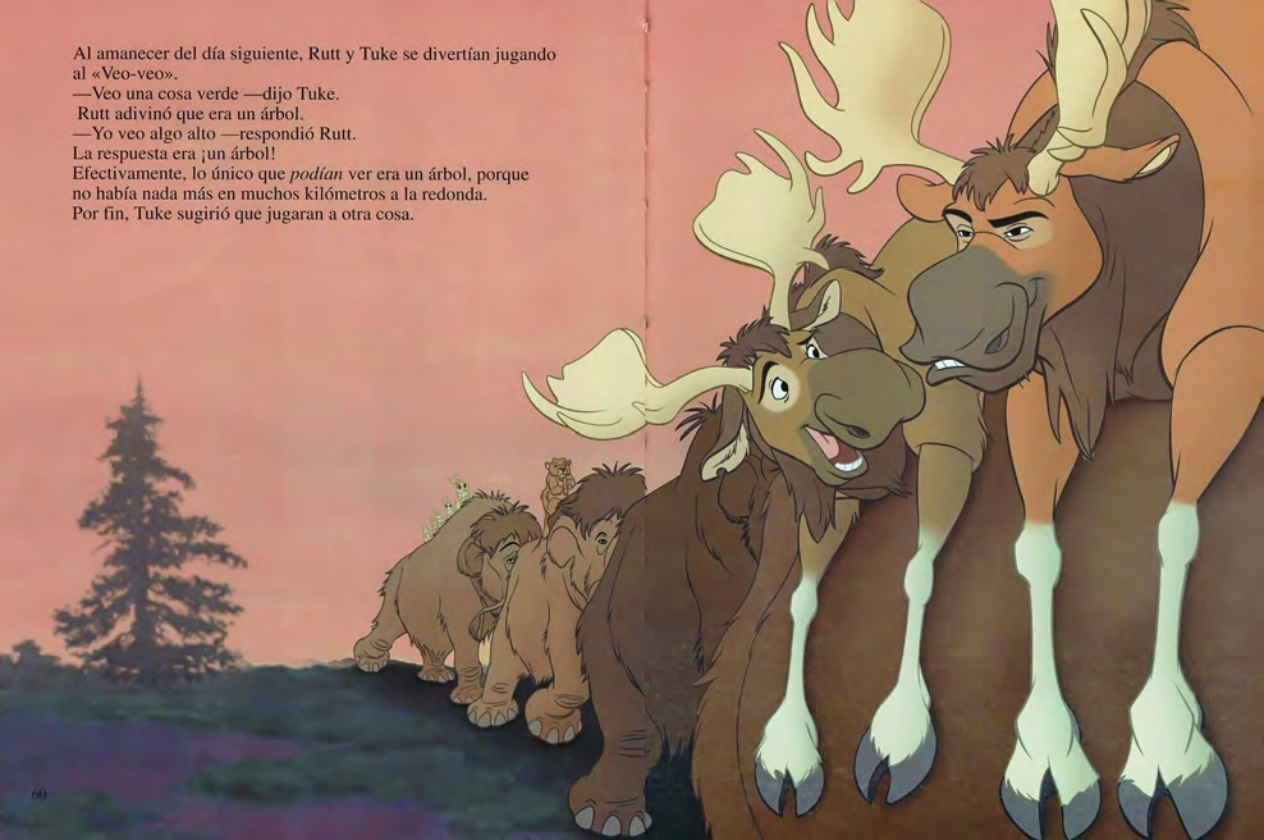
Rutt adivinó que era un árbol.

—Yo veo algo alto —respondió Rutt.

La respuesta era ¡un árbol!

Efectivamente, lo único que *podían* ver era un árbol, porque no había nada más en muchos kilómetros a la redonda.

Por fin, Tuke sugirió que jugaran a otra cosa.





Cuando los dos se despertaron, Kenai preguntó a Koda por dónde tenían que ir. El pequeño oso no tenía ni idea. Empezaron a discutir. Koda recordó a Kenai que, si no hubiera sido por él, aún estaría colgando de un árbol cabeza abajo. —¡Mejor que estar perdido en medio de la nada contigo y tu parlanchina boca! —contestó Kenai. Koda se alejó solo sintiéndose herido. Kenai le siguió. No importaba lo enfadado que estuviera. No podía dejar solo al cachorrito.





Poco después encontraron un pueblo abandonado. Kenai entró en una cueva y miró las paredes cubiertas de pinturas tribales. Las huellas de manos de la pared eran como las que había en su poblado. Se puso muy triste al recordar su vida como humano.

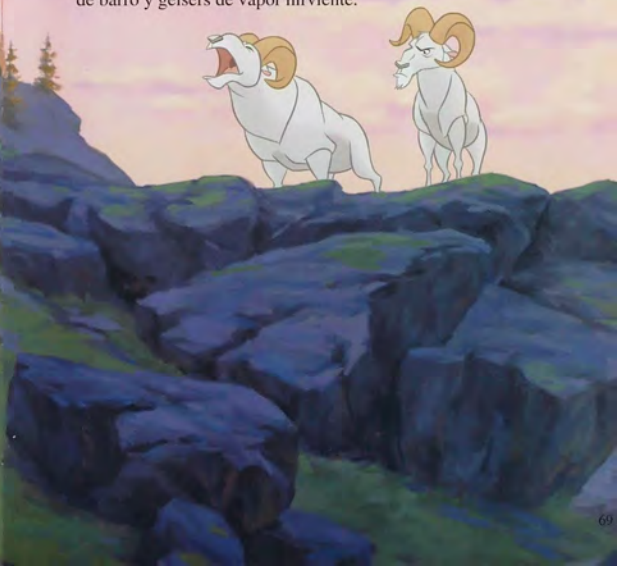


Una de las pinturas representaba a un cazador y un oso.
Kenai sintió rabia al recordar la muerte de Sitka.
—Esos monstruos dan mucho miedo —dijo Koda—.
Sobre todo, los de los palos.
Kenai comprendió de repente que Koda se refería
a los cazadores, no a los osos.
—Venga —respondió Kenai—. Vámonos.





Los dos osos atravesaron un bosque mientras Koda trataba de encontrar el camino hacia la Carrera del Salmón. Llegaron a un acantilado, donde dos carneros entrechocaban sus cabezas.
—¡Eh! —gritó Kenai. Pero cuando los carneros respondieron, oyeron su propio eco en las paredes del cañón.
—¡Eh, cállate! —gritó uno de los carneros al eco.
—¡No, cállate tú! —gritó el otro carnero a otro eco.
Al fin, Koda reconoció dónde estaban.
—La Carrera del Salmón no está lejos. Tenemos que cruzar por ahí —dijo a Kenai.
Ante ellos se extendía un valle de riscos recortados, hoyos de barro y géisers de vapor hirviente.





Kenai siguió a Koda a regañadientes a través del peligroso terreno. Koda se divertía escondiéndose, saliendo de un salto de su escondite y asustando a Kenai. Por eso, cuando miró por detrás de Kenai con expresión asustada, Kenai no le creyó. —Esta vez no me engañas —le dijo en tono burlón. Kenai no se dio cuenta de que, esta vez, Koda estaba muy serio. Mortalmente serio.



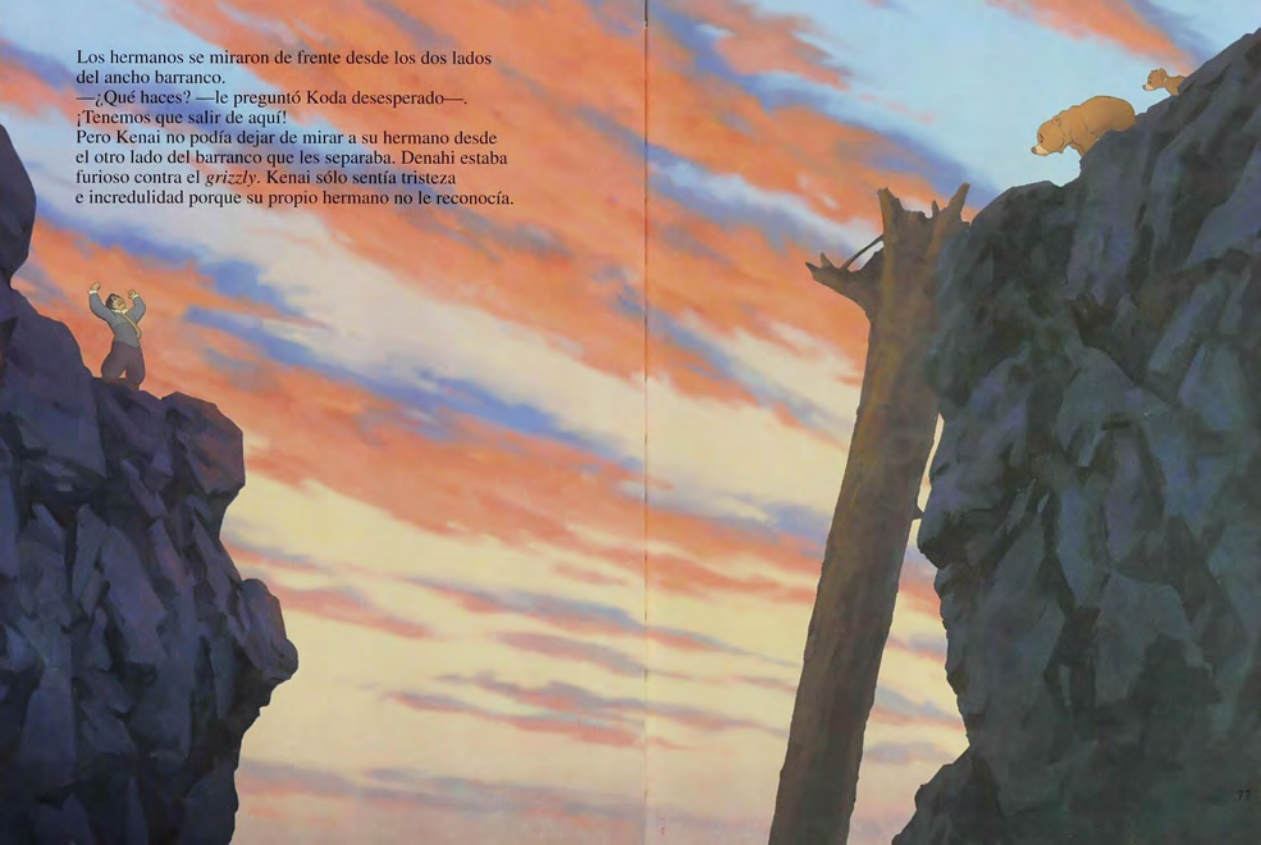
—¡Kenai, cuidado! —gritó Koda.
Segundos después, una lanza aterrizó a unos centímetros de Kenai. Ahí estaba Denahi, exhausto y lleno de rasguños, pero decidido. Tras pensarlo rápidamente, Kenai se alzó sobre sus patas traseras e hizo fuerza hacia abajo con todo su peso. Sus garras perforaron el suelo y liberaron un géiser que lanzó a su hermano hacia atrás.



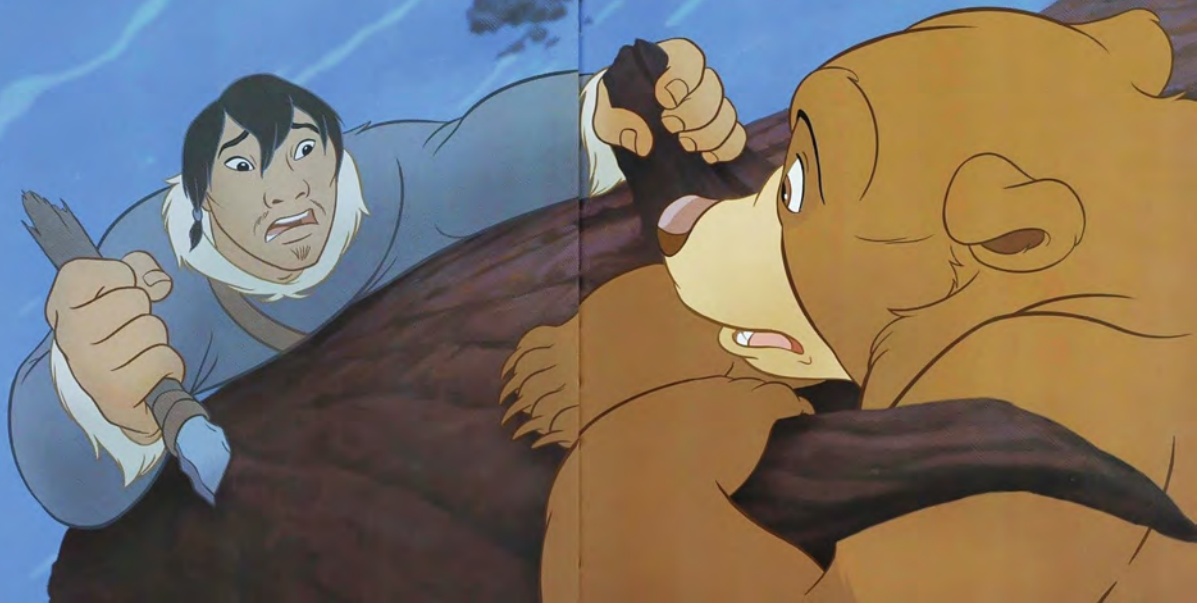
Kenai echó a correr, pero, de repente, se dio cuenta de que Koda se había quedado atrás. Regresó corriendo para salvar al cachorro, lo agarró entre los dientes y fue hacia el tronco que servía de puente y que les llevaba fuera del Valle de Fuego. Cuando lo estaban cruzando con mucho cuidado, apareció Denahi y trató de retirar el puente. Los osos se balancearon sobre el turbulento río que había abajo. Kenai trataba de poner a Koda a salvo. Denahi agarró el tronco y lo empujó con todas sus fuerzas. Kenai consiguió saltar en el último momento.



Los hermanos se miraron de frente desde los dos lados del ancho barranco.
—¿Qué haces? —le preguntó Koda desesperado—. ¡Tenemos que salir de aquí!
Pero Kenai no podía dejar de mirar a su hermano desde el otro lado del barranco que les separaba. Denahi estaba furioso contra el *grizzly*. Kenai sólo sentía tristeza e incredulidad porque su propio hermano no le reconocía.



Por fin, los dos osos se dieron la vuelta para irse. En ese momento oyeron un grito estremecedor. ¡Denahi iba por el aire tratando de saltar el barranco! En vez de llegar al otro lado, se dio un golpe contra el puente colgante. Denahi se agarró al tronco y empezó a trepar por él. Kenai quiso ayudar a su hermano sujetando el tronco, pero fue inútil. Denahi cayó al agua y la corriente le arrastró río abajo agarrado al tronco.





Kenai y Koda siguieron andando hacia la Carrera del Salmón.

—¿Por qué nos odian, Kenai? —preguntó Koda.

Ahora que comprendía lo que era ser un oso, no sabía cómo contestar la pregunta de Koda.

—Somos osos —trató de explicarle—. Los osos son asesinos. Bueno, no *todos*..., quiero decir. Tú eres bueno. Pero la mayoría de los osos encontraría cualquier excusa para atacar a un humano. Koda no comprendía. Él no era ningún asesino y tampoco Kenai. Pensó en el cazador.

—Él nos atacó a *nosotros* —señaló.

Aunque Kenai seguía furioso por la muerte de Sitka, empezó a comprender que las cosas no siempre son lo que parecen.





De pronto llegaron a la Carrera del Salmón. Kenai tropezó, cayó al agua y se encontró rodeado por un grupo de osos enormes. ¡Estaba tan asustado que lanzó un grito!

—¡Eh, tío! Estás revolviendo el agua —dijo uno de los osos *grizzly*.

—Trata de no espantar a los peces, colega —le dijo otro, llamado Tug.

—¡Eh, Tug! —preguntó Koda a su amigo—. ¿Has visto a mi madre?

El oso grande contestó que no.



Koda presentó a Kenai a sus amigos.
—¡Eh! —dijo Tug—. No te había visto antes en la Carrera.
¿De dónde eres?
Kenai se rió nervioso y trató de contestar a la pregunta de Tug mientras los enormes *grizzlies* le daban la bienvenida a su grupo. Afortunadamente, los osos tenían otras cosas que hacer, como por ejemplo..., ¡pescar!



En el río, los osos rodearon a Kenai, salpicándose, luchando, pescando y saludándose. Al principio, Kenai no sabía qué pensar de aquella extraña y nueva comunidad, pero decidió mezclarse con ellos. Con Koda haciendo de guía, Kenai empezó a divertirse, hasta el momento en que cayó por una enorme catarata. Y se sintió muy orgulloso de sí mismo cuando, por fin, atrapó su primer salmón (¡con un poco de ayuda de Koda!)



Aquella tarde, los osos se contaron, por turnos, sus aventuras del año anterior. Lanzaban un pez en el círculo en el que estaban sentados y el que cogía el pez era el siguiente. Kenai trató de esquivarlo cuando le tocó, pero los osos insistieron en que contara su historia.

—¡De acuerdo! —dijo—. Empecé el viaje más largo, más duro y más agotador de mi vida con el estorbo más horrible que había encontrado jamás —miró a Koda con cariño—. Pero, ¿qué se puede esperar de un hermano pequeño? —añadió.

Koda se sintió inmensamente feliz.





La historia de Koda relataba el día en que su madre le empujó bruscamente hacia unos arbustos. Describió a los «monstruos» que la acorralaron contra un glaciar y cómo cayó al agua helada. —Salió bien del agua, pero nos separamos —acabó Koda.

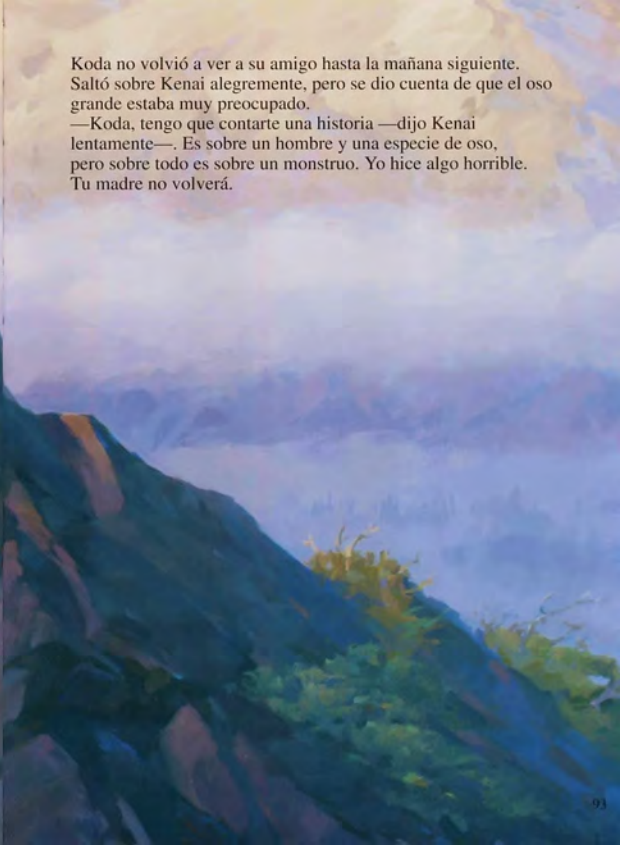
Destrozado, Kenai reconoció la historia de la muerte de Sitka. Ahora sabía que también era la historia de una madre osa defendiendo a su cachorro.





Koda no volvió a ver a su amigo hasta la mañana siguiente. Saltó sobre Kenai alegremente, pero se dio cuenta de que el oso grande estaba muy preocupado.

—Koda, tengo que contarte una historia —dijo Kenai lentamente—. Es sobre un hombre y una especie de oso, pero sobre todo es sobre un monstruo. Yo hice algo horrible. Tu madre no volverá.





Los ojos del osito se llenaron de lágrimas y se alejó de Kenai, horrorizado y confundido.

Poco después, Kenai entró en el bosque.

—¡Koda! ¡Koda! —gritaba desesperado. Pero el cachorro se quedó escondido entre las ramas de un árbol, sollozando suavemente.

—Lo siento, Koda —dijo Kenai mirando las pequeñas huellas del oso en la nieve—. Lo siento mucho.

Kenai se dio la vuelta y empezó su camino montaña arriba para encontrar el lugar donde podría volver a ser humano.



Mientras tanto, Denahi tiritaba frente a un fuego agonizante. Dirigió su mirada a las luces del Norte y habló a los Espíritus.

—Lo siento. Ya no sé qué hacer. Necesito ayuda —reconoció.

Un águila se posó detrás de él, luego desplegó sus magníficas alas y emprendió el vuelo. Denahi sabía que tenía que seguirla. El águila era Sitka.





Koda estaba sentado muy triste cuando aparecieron Rutt y Tuke. Los alces estaban discutiendo. Rutt estaba enfadado porque Tuke había chocado el mamut que montaban contra una montaña.

—De ahora en adelante, *él* es mi nuevo hermano —dijo Rutt volviéndose hacia Koda.

—Yo no quiero más hermanos —respondió Koda.

Rutt y Tuke recordaron que siempre habían estado juntos, en los buenos momentos y en los malos. Al final, hicieron las paces. Al ver a los hermanos marcharse juntos alegremente, Koda se dio cuenta de lo mucho que echaba de menos a Kenai.





Kenai trepó hasta el lugar donde las luces tocaban la tierra. Iba a pedir al espíritu de Sitka que le devolviera su forma humana. —Sitka —gritó Kenai, mirando las espesas nubes que cubrían el cielo—. Sitka, ¿estás ahí?

El viento empezó a soplar alrededor de Kenai, y una figura borrosa cubrió el cielo iluminado por la luna.

La figura saltó desde la cima cubierta de nieve y avanzó hacia Kenai. Al acercarse, Kenai reconoció una forma familiar.



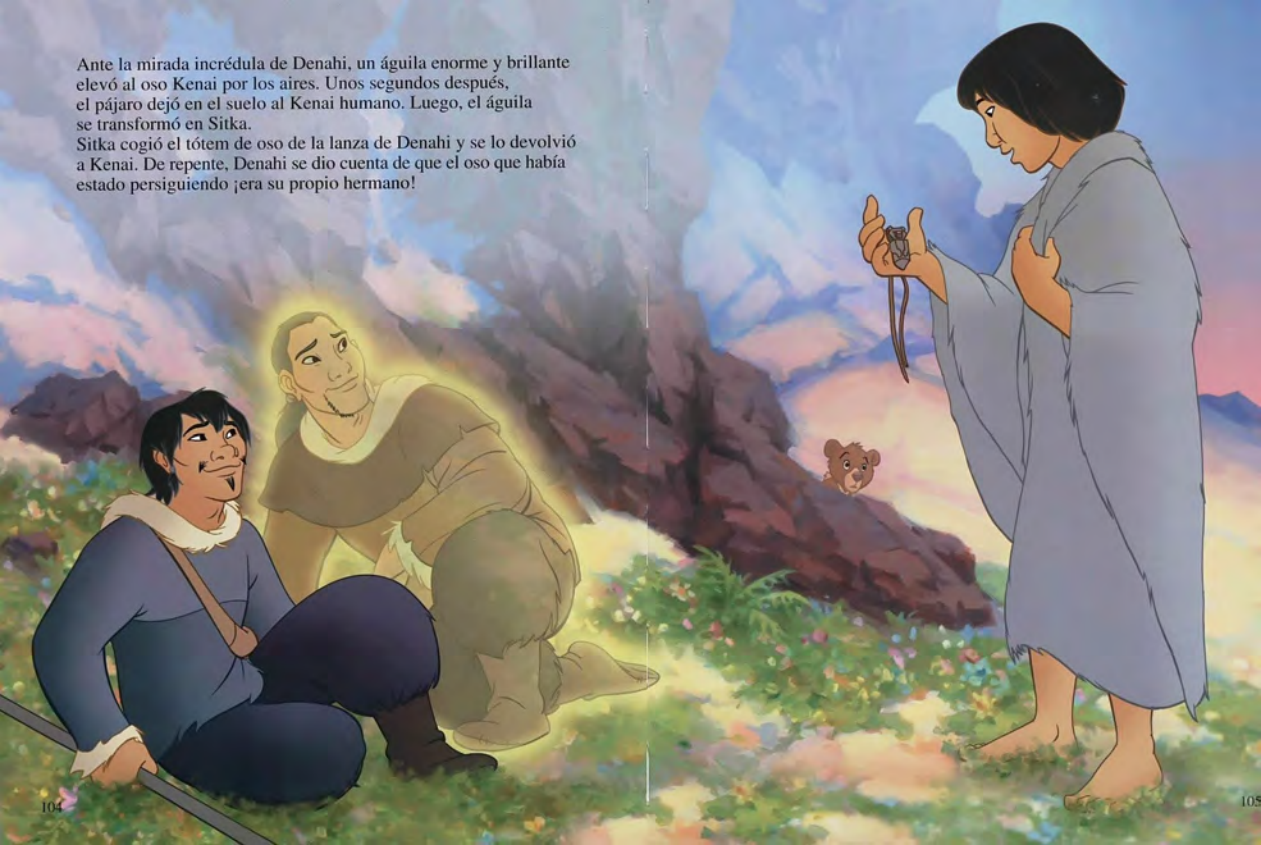
¡Era Denahi! El joven, agotado y con los ojos desorbitados que estaba frente al oso, parecía un extraño más que el hermano que Kenai había conocido. Denahi se lanzó contra él sin perder un momento. Estaba a punto de acabar con la vida de Kenai cuando Koda le derribó de un golpe. Denahi se volvió hacia Koda y corrió a buscar su lanza.

Kenai entró en acción.
—¡Déjalo! —gritó Kenai corriendo hacia el cazador. ¡Tenía que proteger a Koda!
Denahi se dio la vuelta y apuntó su lanza contra el oso que iba hacia él.



Ante la mirada incrédula de Denahi, un águila enorme y brillante elevó al oso Kenai por los aires. Unos segundos después, el pájaro dejó en el suelo al Kenai humano. Luego, el águila se transformó en Sitka.

Sitka cogió el tótem de oso de la lanza de Denahi y se lo devolvió a Kenai. De repente, Denahi se dio cuenta de que el oso que había estado persiguiendo ¡era su propio hermano!





Kenai pasó por delante de sus hermanos y fue hacia Koda, que estaba escondido detrás de una roca.

—¡Koda, no tengas miedo! Soy yo —dijo en voz baja.

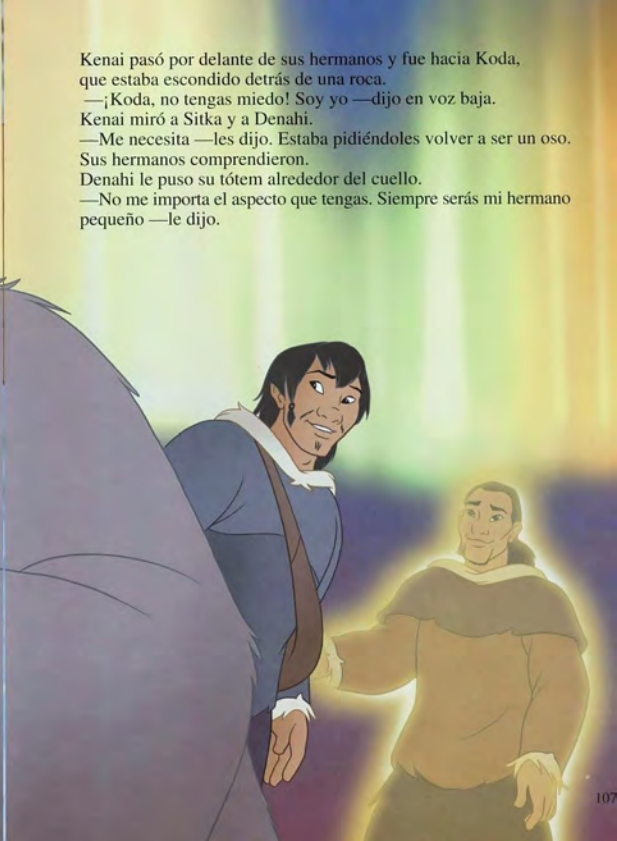
Kenai miró a Sitka y a Denahi.

—Me necesita —les dijo. Estaba pidiéndoles volver a ser un oso.

Sus hermanos comprendieron.

Denahi le puso su tótem alrededor del cuello.

—No me importa el aspecto que tengas. Siempre serás mi hermano pequeño —le dijo.





Sitka volvió a transformar a Kenai en oso mientras Koda abrazaba por última vez el espíritu de su madre sabiendo que, al final, todo iría bien. Cuando Koda volvió junto a Kenai, se puso muy contento al ver que su amigo había recobrado su forma de oso. Luego Kenai, Denahi y Koda vieron a Sitka el águila que regresaba con la madre osa a las hermosas luces que había encima de la montaña.



Por fin Kenai comprendió el poder de su tótem. Era digno de poner su marca junto a las de sus antepasados. Denahi, que ahora era el hombre sabio de la tribu, le ayudó. Huellas de manos humanas junto a huellas de zarpas de oso contarían la historia de la fraternidad —el amor que une todas las cosas vivas— a las generaciones venideras.



Aquel día, Kenai comprendió lo que Tanana le había dicho cuando recibió su tótem: *Deja que el amor guíe tus actos*. Y eso era lo que había hecho: dejar que el amor uniera a todos sus hermanos —humanos y osos— en paz y armonía el resto de sus vidas.



© Disney
2004 Ediciones Gaviota, S. L.
Manuel Tovar, 8
28034 MADRID (España)
Reservados todos los derechos
ISBN: 84-392-0039-0
Depósito legal: L.E. 218-2004
Printed in Spain - Impreso en España
Editorial Evergráficas, S. L.

Los Clásicos Disney

EDICIONES
Gaviota
www.ediciones-gaviota.es

Todos los títulos de esta magnífica colección, **Los Clásicos Disney**, ofrecen a los pequeños lectores la mayor selección de momentos e imágenes de cada éxito cinematográfico Disney. Con textos pensados para lectores ya iniciados, estos libros forman la más completa y atractiva biblioteca sobre películas Disney de animación.

Títulos de la colección

La Bella y la Bestia, una Navidad encantada
Mulán • Hércules • Pocahontas
El jorobado de Notre Dame • Goofy e hijo
El regreso de Yafar • El Rey León
La Sirenita • La Dama y el Vagabundo
Aladdin • Bambi • 101 Dálmatas • Dumbo
La Bella durmiente • La Cenicienta
Los Aristogatos • Los Rescatadores
Oliver y su pandilla • Peter Pan
La Bella y la Bestia • El libro de la selva
Blancanieves • Robin Hood
Alicia en el País de las Maravillas
Tod y Toby • Tarzán y el caldero mágico
Basil, el ratón superdetective
Merlín el Encantador • Pinocho
Los Rescatadores en Cangurolandia
El Rey León II - El tesoro de Simba
El Príncipe y el mendigo
La Navidad de Mickey • Tarzán • Dinosaurio
El emperador y sus locuras
Atlantis, el imperio perdido
Peter Pan - El regreso al País de Nunca Jamás
Lilo & Stitch • El Planeta del Tesoro
El libro de la selva 2 • Buscando a Nemo
Hermano Oso

ISBN 84-392-0039-0



9 788439 200390